

## CUANDO EL INSTRUCTIVO DICE “LAVADORA” Y UNO TERMINA ARMANDO UNA RESEÑA

*Sobre el curso “De programas, instrucciones y órdenes post-hipnóticas: el motivo de partituras en el arte y la poesía contemporáneas”, impartido por Belén Gache*

Raúl Cruz Villanueva, FFyL

En estos momentos de la vida de cada uno de los lectores, un instructivo ya es algo que se obvia por inútil, porque ya todos sabemos conectar un microondas, utilizar un celular, prender un carro o cambiar una llanta; porque el *Manual de Carreño* ya está más que superado y la única necesidad que queda es satisfacer la curiosidad y el confort. En una era que está luchando por eliminar fronteras políticas porque se ha olvidado de las físicas, en esta era en la que el discurso político está retamado de democracia y Estado de Derecho y esperanzas y de “lo mejor está por venir”, conceptos como notación, instructivo y partitura parecen pertenecer a esferas específicas, ajenas del devenir cotidiano del resto de los hombres, ¿o no?

Baste evidenciar el comportamiento diario, la rutina, el moverse de un lado al otro de la ciudad porque “hay que hacerlo” y presentarlo al mundo como una instrucción y esa cotidianidad se rompe, se hace evidente el artificio que a diario representamos. Porque el hecho mismo de vivir en una sociedad implica seguir reglas que no aceptamos (que no aceptamos conscientemente), que incluso no reconocemos como tales hasta que son sacadas de contexto. Toda dinámica social está regida por todo un ritual que deber ser cumplido a la perfección, más en nuestra sociedad, tan dada a la ceremonia, y eso es lo que configuramos como normalidad. Como “normal” es asistir a un salón de clases, sentarse y sacar tablet o cuaderno y seguir el ritual que hemos mantenido prácticamente sin alteraciones desde que comenzamos a estudiar: llega el maestro, da la clase, da ejemplos, se toman apuntes, se formulan dos que tres dudas, se despierta al compañero dormido, se apuesta que los que no fueron ni se pondrán al corriente, termina la clase, se espera que a que comience la otra clase, vaya, lo usual. Pero este curso tiene un guiño irónico, un *punch line* que no descubre el asistente hasta el último momento: lo que se está viendo en la clase es la respuesta a esta serie de guías, dogmas, reglas e instructivos que en la vida diaria arman la monotonía, el mercado, los medios, etc.

Belén Gache no es la usual académica, guía el curso como si fuera una plática con proyector de por medio, se le pierde la idea a la mitad de la oración, hace un chiste (un par de chistes) que nadie entiende, pero del que el público se ríe, y los ejemplos en los que basa su curso van saliendo a un ritmo al que es difícil acostumbrarse, pero del

que se va descubriendo, de a poco, la imagen completa. Combinando ambas facetas de su formación, Belén Gache guía a quienes la escuchan, en su muy propia manera, primero a entender el bombardeo de ejemplos, luego, a que cada uno arme su idea del curso, ¿qué entendió cada quién?, ¿con qué salió? son respuestas que cada uno tendría que formularse y responderse, a diferencia de los instructivos, los cursos, un curso bien logrado, tiene que generar más preguntas que otra cosa, más visiones diferentes (incluso divergentes) que un “sí, entendí” homogéneo y sin contrapesos.

Se acerca el final del chiste. Una semana completa hablando de hacer evidentes las normas y reglas que desde el Estado o el mercado se nos imponen; una semana completa viendo los diferentes procesos por los que performers, artistas visuales, poetas y en general el mundo de las artes responden a esta serie de imposiciones, algunos proponiendo, algunos retando, algunos simplemente (“simplemente evidenciándolo”). Una semana, entonces, para que en la plática con Mónica Nepote en la Casa del poeta, Belén cierre el chiste con una frase (a falta de un apunte preciso, parafrasearé): “yo soy una dictadora en mi propia obra, el lecto-espectador *tiene* que hacer lo que le digo.” Si entendió el chiste, entre a risa.

Octubre de 2013